

¡Felices los que trabajan por la Paz!

Domingo 24 de Abril

“Estar firmes en la fe en medio del sufrimiento”

Hechos 14, 11b-27
Salmo 144
Apocalipsis 21, 1-5a
Juan 13, 31-33^a.34-35

“Yo trabajaba en un carro de perros calientes en la parte urbana de un municipio del Urabá antioqueño. Tiempo antes de lo sucedido venían cobrando ‘vacunas’. Primero 20 mil pesos semanales y así, sucesivamente, la tarifa subió hasta que me cobraban 150 mil. Me iba muy bien en mi negocio; me hacía como 200 mil pesos por noche y por eso empecé a pagarles, para que me dejaran trabajar, pero luego cuando subió tanto ya no podía”.

“Hubo un día en que me cansé de trabajar pa’ ellos y cuando fueron por la plata les dije que no les daba más. Y me dijeron: ‘no hay problema’, pero ¡qué va! Cuando iba en mi bicicleta para la casa me salieron tres hombres armados. Me pegaron cinco tiros. Las balas en la cabeza me dañaron dos glándulas y quedé sin poder tragar. Tuve un derrame cerebral y estuve en coma cuatro días y un mes en cuidados intensivos. Me alimentaron por sondas y es muy difícil para mí tragar todavía. Pasé de pesar 65 kilos a 49. Mi primer acercamiento al CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja) fue para apoyo en las terapias físicas y de rehabilitación. Aparte del ataque, nosotros también tuvimos que huir del pueblo. Sacamos lo fácil de traer, la ropa, y nos escondimos con mucho miedo, esperando que absolutamente nadie llamara. Ahora ya llevo seis meses en Medellín, he recibido asistencia del CICR, pero sigo con miedo de que estos hombres me encuentren. Yo por allá no vuelvo. Lo que espero es recuperarme en la totalidad y volver a trabajar de nuevo acá en la ciudad”. Jorge. Nombre cambiado para proteger la identidad del entrevistado.

Consultado el 30 de marzo de 2016 en:

<https://www.icrc.org/spa/resources/documents/feature/colombia-feature-2011-14-04.htm>

En la primera lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles, Pablo y Bernabé comienzan la misión evangelizadora invitando a sus comunidades a mantenerse firmes en la fe, aún en medio de las persecuciones y aflicciones. Recordemos que en su momento el imperio romano y algunos miembros del pueblo de Israel, no reconocían la nueva fe en Jesús y por eso perseguían a los creyentes. De igual manera la construcción de la paz debe comenzar con una invitación a mantenernos firmes en la fe, a seguir creyendo, a seguir esperando contra toda esperanza. Habrá muchos tropiezos y obstáculos, pero es justo ahí cuando la fe debe salir a relucir como lo muestran las comunidades a las que Pablo y Bernabé predicaban.

Además, la tarea misionera necesita predicadores decididos a dar testimonio del reino de paz que ofrece el resucitado y que debe alcanzar cada vez a más gente. Y decimos que es necesario incorporar a más gente porque, aunque parecería obvio que todos deberíamos estar apostando por la paz, todavía no es así. Hay miedo, hay todavía heridas abiertas, pérdidas que no han sido reparadas y dolores que no se han sanado. Así lo revela el testimonio de “Jorge”. Aunque está en camino, todavía tiene miedo..



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Todavía no puede considerarse un hombre integrado plenamente a la sociedad que lo ha marginado. Todavía hay miedo y dolor. Sin embargo, espera poder volver a serle útil a la sociedad y trabajar para su sustento.

Trabajar por la paz supone no descansar hasta cambiar la mente y el corazón de todos los colombianos. El anuncio del evangelio incluye la paz. Nuestra tarea evangelizadora ha de asumir esa realidad y vivirla con empeño y responsabilidad.

Las palabras del Salmo nos convocan a no descansar en esta labor misionera, no por el esfuerzo de nuestros méritos, sino por la realidad de lo que es Dios mismo: “clemente y misericordioso, bueno con todos, cariñoso con todas sus creaturas”. Porque Dios es así, nuestra vida aspira a testimoniar ese mismo ser de Dios. Si somos conscientes de esto, o si esto es lo que sostiene nuestra esperanza, el reparar las heridas será mucho más fácil. Heridas de todo tipo.

Así mismo, la lectura del Apocalipsis, nos habla de la resistencia de los primeros cristianos frente a la persecución del Imperio. El autor quiere animar a su comunidad a mantenerse en pie, en medio de tiempos de gran dificultad, “de muerte, luto, llanto y dolor”. Juan afirma que vio “un cielo nuevo y una tierra nueva” y esto le permite apreciar el contraste entre lo que está viviendo con su comunidad y los tiempos prometidos por Dios. La novedad será la característica esencial, porque lo viejo ha pasado y el Señor habitará en medio de su pueblo. Por eso el autor de este libro expresa el compromiso de Dios con los que sufren: “secará el llanto de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor”. ¡Cuánto esperamos que se cumpla esta promesa!

La promesa de Dios se concreta en el mandamiento del amor del que habla el evangelio de Juan. Si en la primera parte del Evangelio Jesús realiza signos que esconden algo de la gloria de Dios, en esta segunda parte (Capítulo 13), “ha llegado la hora” de revelar el amor extremo en la entrega de la vida y por ello el momento de la manifestación de la gloria plena de Dios. El mandamiento del amor mutuo debe llegar al extremo de dar la vida por los demás. Amándonos los unos a los otros, secando las lágrimas del otro, evitando el dolor y el sufrimiento del otro, es como Dios nos manifiesta su gloria.

La comunidad se convierte en testimonio ante el mundo del mismo amor de Dios. Pero también se hace denuncia cuando falta ese amor entre tantas personas y comunidades. El amor invita a llegar más allá de las fronteras de la propia comunidad, alcanzando a los que consideramos más lejanos.

La construcción de la paz no es una tarea externa al amor. Tenemos que hablar de ella, promoverla, construirla, pero tenemos que vivirla y testimoniarla con el amor real y efectivo en el seno de nuestras comunidades cristianas, haciendo de ellos lugares de acogida, perdón y reconciliación.

